

Bush, George, *Looking Forward: an autobiography*, Bantam Books, Nueva York, 1988, 268 pp.

Cuando sólo faltaban unas semanas para que tuvieran lugar las elecciones presidenciales en Estados Unidos, George Herbert Walker Bush decidió publicar sus memorias. En *Looking Forward*, el ahora cuadragésimo primer mandatario norteamericano reúne y ordena una serie de reflexiones sobre su concepción del mundo y de la vida, y traza en una sola visión el mapa de sus pasiones políticas e ideológicas. Luego de un largo peregrinar emprende un viaje interior en busca del tiempo perdido y de un juicio moral sobre las experiencias vividas: las suyas, las de su país y su época. Después de mil jornadas se detiene a poner el pasado en claro. La estructura metodológica de la obra constituye la clave biográfica: en la introducción hace un recuento de la plataforma política del Partido Republicano en 1988, y en el capítulo primero narra los pormenores de su designación como compañero de fórmula del entonces candidato presidencial Ronald Reagan, en el verano de 1980. Así, la década de los ochenta será el punto de partida de un balance que recorrerá hacia atrás las principales estaciones de la vida política de Bush.

Si en el vecino país del norte biografía del poder es destino nacional, entonces George Bush representa una esperanza de bienestar y paz para su nación. De pequeño, creciendo en medio de las dificultades de una Norteamérica que trataba de sobrevivir a la Gran Depresión, Bush soñaba en convertirse en jugador de beisbol; pero a los 18 años, tras el ataque japonés a Pearl Harbor, partió como voluntario y se convirtió en el más joven aviador de la *US Navy*. Le gustaban las misiones nocturnas contra los japoneses y llegó a acumular más de mil horas de combate aéreo. Cuatro de sus bombarderos fueron bautizados con el nombre de *Bárbara*, como la novia que conoció en una fiesta estudiantil y con quien posteriormente se casó al concluir su misión. En septiembre de 1944 el avión que volaba fue abatido y milagrosamente fue el único en sobrevivir al lograr arrojarse con paracaídas. Fue rescatado de las aguas del Pacífico por el submarino *USS Finback* y retornó a su patria como héroe de guerra, por lo que recibió cuatro medallas en reconocimiento a su valor. En 1948 se diplomó en Economía en la Universidad de Yale, y más tarde se trasladó a Texas en plena fiebre del llamado "oro negro".

Desde el principio le incomodó la dicotomía entre el político y el empresario. Para avalar la complementariedad de las dos funciones o su correspondencia dialéctica, le bastaba su propia circunstancia: el político-empresario químicamente puro. Su perfil vital podría parecer un poco extraño en otras

tradiciones o sistemas donde no se transita fácilmente del mundo de los negocios al mundo del poder, y viceversa. Para 1953 ya había sido cofundador de la empresa *Zapata Petroleum Corp.* Un año después hacía lo propio con la *Zapata Off-Shore Co.* Con respecto al nombre puesto a estas compañías, Bush nos dice: "La película *Viva Zapata*, protagonizada por Marlon Brando, fue exhibida en el centro de Midland. Era la historia de Emiliano Zapata, el líder y rebelde mexicano que encabezó una revuelta para demandar una reforma agraria a principios de siglo, bajo el lema de *Tierra y Libertad*. No podíamos contar con un consejo de relaciones públicas, pero si hubiésemos tenido uno, él podría proporcionarnos la imagen que estábamos buscando" (p. 67). Bush fue presidente de dicha empresa de 1956 a 1964, así como líder del consejo de 1964 a 1966.

Pero el destino también le había reservado una difícil carrera política. En 1964 trató, de manera infructuosa, de acceder a un escaño senatorial por Texas. Conoció entonces un proceso desgastante, puesto que sus opositores con frecuencia acudían a la calumnia. Para tratar de dañar su imagen se puso en circulación un folleto, en el cual se aseguraba que su suegro, Mervin Pierce, estaba ligado a *Reedbook Magazine*, una presunta publicación del Partido Comunista. Asimismo, su contrincante, el demócrata Ralph Yarborough, hizo correr el rumor de que Bush tenía como padrino político a John Birch, un destacado miembro del Consejo de Relaciones Exteriores de Estados Unidos, a quien se le atribuían nexos con los izquierdistas. Bush recuerda con amargura aquellos años: "La estrategia de Yarborough era obvia: atar su campaña a la de (Lyndon B.) Johnson y etiquetarme como un *extremista*. Johnson estaba punteando dos a uno sobre Goldwater en los sondeos de opinión de Texas, haciendo campaña en torno a un solo tema: si Barry (Goldwater) fuera elegido presidente, haría estallar el planeta o realizaría algo tan imprudente como enviar tropas estadounidenses a Vietnam" (pp. 78-79). Finalmente, Yarborough derrotaría por considerable margen a Bush.

Las mieles de la victoria no las llegaría a probar sino hasta dos años después, en 1966, cuando fue electo diputado y sirvió en dos períodos en el *Ways & Means Committee* de la Cámara de Representantes. Liquidó sus intereses petroleros y, más adelante, bajo el manto protector de Richard Nixon, quien lo estimaba por su lealtad a toda prueba, George Bush buscó en 1970 una banca en el Senado, otra vez por Texas. Luego de una ardua campaña fue derrotado por el demócrata Lloyd Bentsen —el que años más tarde figuraría como compañero de fórmula de Michael Dukakis en 1988—, y sumido en una depresión quiso abandonar la política para siempre.

Para entender lo iracundo de su reacción hay que imaginar la intensidad de su adhesión original a la política y ponderar las muchas facetas —intelectuales y morales— de sus primeros tropiezos. Nixon lo animó para que continuara adelante: en 1971 lo designó embajador norteamericano ante la Organización de las Naciones Unidas. Bush recuerda que en el otoño de ese año: “Los Estados Unidos sufrieron su más serio revés en la Asamblea General . . . cuando la mayoría del Tercer Mundo votó por la expulsión de nuestros aliados taiwaneses de las Naciones Unidas” (p. 112). Como se sabe, Bush trató, sin éxito, de mantener a las dos Chinas en el máximo foro de vocación mundial, bajo la fórmula de la “representación dual”.

Nuevamente Nixon habría de promoverlo en otros ámbitos. En 1973 lo respaldó a fin de que fuera el presidente del Partido Republicano. Más adelante, Bush hizo lo posible para defenderlo del escándalo *Watergate*, pero apenas surgieron pruebas irrefutables sobre su culpabilidad le pidió su renuncia. Relata Bush: “Sentí una tremenda carga sobre mis hombros; como una persona quien debía mucho a Richard Nixon —como amigo del presidente y de su familia—; estaba triste porque no solamente apreciaba un desastre político sino también una tragedia humana” (p. 123). La dimisión de Nixon tuvo lugar en agosto de 1974 y Bush esperaba que el nuevo presidente, Gerald Ford, lo nombrara vicepresidente, pero su destino sería Beijing (convirtiéndose así en el primer embajador estadounidense en la República Popular de China).

Bush tuvo oportunidad de entrevistarse con Mao Zedong en dos ocasiones. La última ocurrió cuando el presidente Gerald Ford visitó Beijing. Posteriormente, el 10. de noviembre de 1975, Henry Kissinger le notificaba su designación como nuevo director de la Agencia Central de Inteligencia (CIA). En el lapso de seis meses al cargo de dicha organización, Bush removió a 11 de los 14 administradores de alta graduación; y durante su gestión, mil 400 empleados de la CIA contaban con grados académicos de maestros o doctores (p. 169). En el capítulo séptimo (“The President asks. . .”), Bush destaca que tanto la CIA como el Consejo Nacional de Seguridad (CNS) no deben tener una influencia preponderante en el proceso de toma de decisiones —ni mucho menos en el nivel operativo— de la política exterior norteamericana. Las funciones principales de estas instancias serían las de asesorar, apoyar e informar al Ejecutivo en torno a asuntos de seguridad nacional, y no concebir ni instrumentar decisiones por cuenta propia. El origen de la extralimitación de funciones Bush lo remonta al gobierno de John F. Kennedy, quien siendo presidente electo se manifestó porque el CNS fuese “más flexible que en el pasado”. El resultado —para Bush— fue una creciente rivalidad entre el secretario de Estado,

Dean Rusk, y la cabeza del CNS, McGeorge Bundy. En adelante no habría más que disputas por ver quién influía más en las decisiones del Ejecutivo en materia de asuntos exteriores. Es muy elocuente al expresar que el gobierno de Richard Nixon recuerda las agrias discusiones entre Henry Kissinger y William Rogers, en tanto que el gobierno de James Carter fue testigo de la rivalidad entre Cyrus Vance y Zbigniew Brzezinski. Pero Bush también puntualiza que la era de Reagan fue más tormentosa: tuvo cinco titulares del CNS, cada uno con su propio estilo de hacer las cosas, y aunque algunos consejeros como Richard Allen o Frank Carlucci no tuvieron la influencia o las cuotas de poder de un Kissinger o de un Brzezinski, maniobraron de tal manera que el CNS adquirió verdadera autonomía y, como la CIA, no tuvo problemas para implementar operaciones encubiertas.

En *Looking Forward*, Bush señala que en la administración de Gerald Ford, el general Brent Scowcroft “fue un modelo que cada futuro presidente de Estados Unidos tendría que tomar en cuenta a la hora de elegir a su consejero de seguridad nacional” (p. 172). De ahí que no sorprendiera la designación de Scowcroft como cabeza del CNS para la administración Bush.

Un tema que la mayoría de los analistas esperaba que fuera abordado en este libro se encuentra ausente: su presunto papel en el escándalo *Irán-Contras* (le dedica dos comentarios de una pobreza franciscana, en las páginas 171 y 237). El informe final de las comisiones investigadoras del Congreso acusaron a Reagan, así como a algunos de sus asesores, por faltar a su deber constitucional de cuidar que las leyes fueran “fielmente ejecutadas” y por violar la enmienda Boland de 1984, que prohibía ayuda militar ilegal a los *contras* nicaragüenses durante dos años. Aun cuando Bush no fue directamente acusado de estar involucrado en tal escándalo, sus críticos dijeron que estaba al tanto de todo lo que aconteció y que no hizo nada por impedirlo. El presidente norteamericano desmintió con energía los cargos y los electores le creyeron o simplemente olvidaron el incidente.

Tal como lo demuestra el capítulo introductorio (postcriptum redactado en abril de 1988) y el capítulo décimo (“Looking Forward”, donde se hace una autoentrevista), Bush seguirá la política de Reagan en sus líneas maestras, aunque impondrá diferencias de estilo y prioridades. Heredero de un clima de distensión propiciada bajo la era de Reagan, es partidario de dar más lentos y cautelosos los pasos de acercamiento a la Unión Soviética. La guerra fría habrá terminado, pero el clima no es todavía lo suficientemente tibio como para sentirse confortable. Bush ha visitado más de setenta países y se le reconoce su gran pragmatismo en asuntos externos. Paz con fuerza será —como su antecesor— la re-

ceta de mayor eficiencia en política exterior y aunque ha puntualizado que en virtud del déficit presupuestal no podrá seguir tal como se proyectaba el programa de la Iniciativa de Defensa Estratégica (IDE), tampoco tiene por qué cancelarse. Bush insiste en que deben continuar los trabajos de la IDE ya que —según él— los soviéticos habrían estado “trabajando en la tecnología de la IDE mucho más tiempo” que los norteamericanos, al tiempo que manifiesta su temor por la posibilidad de que Moscú llegue a “mantener un monopolio de defensa espacial” (p. xiii).

El tema de la producción y el tráfico ilícito de drogas ocupará también un sitio destacado en la agenda del presidente Bush. En sus memorias resalta que la esencia del problema radica tanto en la disponibilidad de estupefacientes, como en la existencia de una demanda efectiva en la propia sociedad norteamericana. De ahí que vaya a proponer un “esfuerzo antidrogas a nivel multinacional” —que incluirá un respaldo masivo a los países productores— y penas más severas para quienes cometan delitos vinculados con los enervantes, “no simplemente para los narcotraficantes —afirma—, sino para los consumidores de drogas” (p. xv). Lo preocupante es que el gobierno de Bush pudiera utilizar este tema para presionar a ciertos países latinoamericanos en relación con asuntos que no tengan que ver estrictamente con el narcotráfico.

El reto que representa para la Unión Americana la denominada “tercera revolución industrial”, con las consiguientes presiones sobre el déficit comercial, Bush lo piensa afrontar con una *solución americana* que ponga el énfasis en la calidad de los productos estadounidenses que sean ciento por ciento libres de errores, y ha destacado que su administración implementará un riguroso sistema educativo que sea demandante y adaptable a las necesidades de la era tecnológica (p. xvi).

Los inmensos déficit comercial y presupuestal son una bomba que puede estallar en casa. Los analistas presionan a Bush para que la desactive cuanto antes, aun si el mandatario estadounidense se viese obligado a crear o subir impuestos. Pero el presidente no comparte esta fórmula. Ha prometido no únicamente seguir la política económica de Reagan (a la que una vez bautizó como *economía vudú*), sino que además promete desgravar algo más a los sectores de altos ingresos.

Es cierto que los ocho años de *reaganomics* han representado para Estados Unidos un formidable auge económico, con cerca de 17 millones de empleos, la menor tasa de desempleo en la posguerra, un permanente crecimiento económico, una inflación reducida y los bolsillos más llenos en los hogares medios norteamericanos. Pero Bush no debe olvidar que tal política también ha conducido a su país a convertirse en el mayor deudor del planeta, y

que los cuantiosos gastos de defensa han reducido las arcas públicas a niveles críticos. Si no logra desactivar a tiempo la bomba de la recesión, Bush podría correr la misma suerte que Herbert Hoover en 1929. Y, entonces, quizá no habría una segunda parte de *Looking Forward*.

Manuel Morán Rufino